

¡PONTE A PRUEBA Y CONVIÉRTETE EN UN CAZADOR DE ENIGMAS!

Dan Brown es un apasionado de los secretos y por eso ha preparado un juego para ti. En este libro hay una serie de enigmas escondidos que sólo con ingenio podrás resolver.

1. Entra en www.elcodigodavincinovela.com y sigue las pistas que te ayudarán a localizar los códigos secretos.
2. Cuando averigües su ubicación, tendrás que agudizar tus sentidos para resolver su significado.
3. Introduce la respuesta en la web: sólo así desbloquearás el acceso al siguiente enigma.

¿Serás capaz de encontrarlos y descifrarlos?

Imita a Robert Langdon y conviértete en el mejor cazador de enigmas.

DAN BROWN

EL CÓDIGO DA VINCI

 Planeta

Estimado lector:

Siempre me han encantado los secretos y los códigos.

Algo mágico sucede cuando de pronto uno ve lo que antes no veía... delante mismo de las narices.

Cuando tenía diez años me topé con mi primer código, una serie de extraños símbolos garabateados en una hojita de papel que colgaba del árbol de Navidad de nuestra casa. Cuando logré descifrar esos símbolos, descubrí que el mensaje era de mis padres. En él me daban la sorpresa de que en el plazo de unas horas nos iríamos de vacaciones en familia.

Desde esa mañana me fascinan los códigos, esos mensajes secretos que hay que desentrañar para poder entenderlos. Me he pasado la vida explorando ese mundo críptico, y hace unos años este viaje hizo que me viera cara a cara con el código más misterioso con el que me había tropezado nunca.

Era un código antiguo... y desconcertante. Y, lo mejor de todo, bien oculto a la vista, ahí, para que el mundo entero lo viese.

Según la leyenda, ese código protegía un secreto asombroso. Algunos afirmaban que el secreto era tan sobrecogedor que si uno lo averiguaba ya no volvería a contemplar el mundo de la

misma manera. En opinión de otros, el secreto no era más que un mito..., nada salvo rumores hueros.

Sea como fuere, el libro que tienes entre manos habla de un hombre y una mujer que se lanzan a una búsqueda para descifrar ese código y desvelar los misterios que oculta. Tanto si decides creer los secretos que estás a punto de descubrir como si no, confío en que el viaje te motive para que continúes buscando tu propia verdad, sea la que sea.

Sinceramente tuyo,

A handwritten signature in black ink, consisting of stylized initials 'DB' followed by a cursive name that appears to be 'Dan Brown'.

DAN BROWN

LOS HECHOS

El priorato de Sión, una sociedad secreta europea fundada en 1099, es una organización real. En 1975 en la Biblioteca Nacional de Francia, ubicada en París, se descubrió una serie de pergaminos conocidos como *Les dossiers secrets*, en los que se identificaba a numerosos miembros del priorato de Sión, incluidos el científico sir Isaac Newton, el artista y escultor Sandro Botticelli, el escritor Víctor Hugo y el artista e inventor Leonardo da Vinci.

El Opus Dei es una institución católica profundamente devota que en los últimos tiempos ha sido objeto de controversia por denuncias de prácticas peligrosas. El Opus Dei acaba de finalizar la construcción de su sede nacional en Nueva York, cuyo coste asciende a cuarenta y siete millones de dólares.

Todas las descripciones de obras de arte y arquitectónicas, documentos y rituales secretos que figuran en esta novela son rigurosas.

PRÓLOGO

Museo del Louvre, París

22.46 horas

Jacques Saunière, el célebre conservador del museo, avanzó tambaleándose por el abovedado pasaje de la Gran Galería. Una vez allí, arremetió contra el primer cuadro que vio, un Caravaggio. Tras agarrar el marco dorado, Saunière, de setenta y seis años, tiró de la obra maestra hasta separarla de la pared y cayó hacia atrás con el lienzo encima.

Tal como había previsto, no muy lejos de allí se activó con estrépito el cierre de una reja de hierro que impedía la entrada al lugar. La madera del suelo se estremeció. A cierta distancia comenzó a sonar una alarma.

El conservador permaneció un instante tendido en el suelo, jadeante, evaluando la situación. «Sigo vivo.» A continuación salió de debajo del lienzo y escrutó el tenebroso espacio en busca de un escondite.

Entonces oyó una voz, escalofriantemente cerca:

—No se mueva.

El anciano, a gatas, se quedó petrificado. Volvió la cabeza despacio.

A menos de cinco metros, al otro lado de la reja, la imponente silueta de su agresor lo miraba a través de los barrotes de hierro. Era alto y corpulento, de tez cadavérica y un cabello blanco que empezaba a ralear. Tenía los iris rosados y las pupilas de un rojo oscuro. El albino se sacó una pistola del abrigo e introdujo el cañón entre los barrotes, apuntando directamente al conservador.

—No debería haber salido corriendo. —Era difícil ubicar su acento—. Ahora dígame dónde está.

—Ya... ya se lo he dicho —balbució el anciano—. No sé de qué me habla.

—Miente. —El albino clavó la vista en él, completamente inmóvil a excepción del brillo en sus espectrales ojos—. Usted y sus hermanos tienen algo que no les pertenece. Dígame dónde lo esconden y usted vivirá. —El hombretón apuntó al conservador a la cabeza—: ¿Está dispuesto a morir para guardar el secreto?

Saunière no podía respirar.

El albino ladeó la cabeza y miró el cañón del arma.

El anciano levantó las manos en un gesto defensivo.

—Espere —respondió despacio—. Le diré lo que quiere saber. —Saunière pronunció las siguientes palabras con cautela. La mentira que contó la había ensayado multitud de veces.

Cuando hubo terminado de hablar, su atacante esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Sí, es exactamente lo que me han dicho los otros.

Saunière reculó. «¿Los otros?»

—También di con ellos —se mofó el gigante—. Con los tres. Y me confirmaron lo que acaba de decir usted.

«No puede ser.» La verdadera identidad del conservador, al

igual que la de sus tres *sénéchaux*, era casi tan sagrada como el antiguo secreto que protegían. Entonces Saunière cayó en la cuenta de que sus senescales, siguiendo un estricto protocolo, habían contado la misma patraña antes de morir.

El agresor volvió a dirigir el arma hacia él.

—Cuando usted haya desaparecido, yo seré el único que estará en posesión de la verdad.

«La verdad.» De súbito, el conservador comprendió lo realmente terrible de la situación. «Si muero, la verdad se perderá para siempre.» Trató de ponerse a cubierto.

Entonces se oyó un disparo, y el anciano sintió un calor abrasador cuando la bala se alojó en su estómago. Cayó hacia adelante, tratando de vencer el dolor. Después, lentamente, se volvió y miró a su atacante a través de los barrotes.

Ahora éste apuntaba a su cabeza.

Saunière cerró los ojos; sus pensamientos, un remolino vertiginoso de miedo y pesar.

En la galería resonó el clic de una recámara vacía.

El conservador abrió los ojos de prisa.

El otro miró la pistola, daba la impresión de que casi se divertía. Luego metió la mano en el bolsillo en busca de otro cargador, pero acto seguido pareció cambiar de opinión. Sonrió tranquilamente al ver el estómago del anciano.

El conservador bajó la vista y reparó en el orificio de bala que se abría en su camisa de lino blanca, rodeado de un pequeño círculo de sangre a escasos centímetros por debajo del esternón. «El estómago.» Como veterano de guerra que era, sabía que le quedaban quince minutos de vida.

—Mi trabajo aquí ha terminado —afirmó el albino, y se fue. Una vez a solas, Jacques Saunière observó de nuevo la reja de

hierro: las puertas no podrían volver a abrirse hasta dentro de al menos veinte minutos. Para cuando alguien quisiera encontrarlo, ya habría muerto. Así y todo, el miedo que lo asaltó en ese instante era mucho mayor que el que le inspiraba su propia muerte.

«Debo transmitir el secreto.» Sacó fuerzas de flaqueza para levantarse.

Poniéndose en pie a duras penas, recordó a sus tres hermanos asesinados. Pensó en las generaciones precedentes..., en la misión que les había sido encomendada.

«Una cadena de saber ininterrumpida.»

Y ahora, a pesar de todas las precauciones..., a pesar de todas las medidas de seguridad..., Jacques Saunière era el único eslabón que quedaba, el único custodio de uno de los secretos más poderosos jamás guardados.

Se levantó temblando.

«Debo encontrar la manera...»

Se hallaba atrapado en la Gran Galería, y sólo había una persona en la faz de la Tierra a la que podía pasar el testigo. El anciano alzó la cabeza y contempló las paredes de su opulenta prisión: algunos de los lienzos más famosos del mundo parecían sonreírle como si fuesen viejos amigos.

Componiendo una mueca de dolor, reunió todas sus facultades y sus fuerzas. Sabía que la titánica tarea que lo aguardaba requeriría cada segundo de lo que le quedaba de vida.

CAPÍTULO 1

Robert Langdon despertó con parsimonia.

En la oscuridad sonaba un teléfono, un pitido metálico, desconocido. Buscó a tientas la lámpara de la mesilla de noche y la encendió. Al escrutar la estancia con los ojos entornados vio una lujosa habitación con mobiliario antiguo, del siglo XVIII, paredes con frescos pintados a mano y una colosal cama de caoba con dosel.

«¿Dónde estoy?»

El albornoz de *jacquard* que colgaba de una de las columnas de la cama lucía un monograma: «Hotel Ritz París».

Poco a poco, la niebla comenzó a disiparse. Tras incorporarse, se miró con ojos cansados en el espejo de cuerpo entero que había al otro lado de la habitación. El que le devolvía la mirada era un desconocido, despeinado y con cara de agotamiento; sus ojos, por lo común de un azul intenso, se veían opacos y ojerosos. Una oscura barba incipiente le cubría la poderosa mandíbula, y por las sienes avanzaban las canas, adentrándose cada vez más en su mata de grueso cabello negro.

Langdon cogió el teléfono.

—¿Sí?

—¿Monsieur Langdon? —inquirió una voz de hombre—. Espero no haberlo despertado.

Aturdido, miró el reloj de la mesilla: eran las 0.32. Sólo había dormido una hora, estaba hecho unos zorros.

—Soy el recepcionista, monsieur. Le pido disculpas por la intromisión, pero tiene usted visita. E insiste en que es urgente.

Langdon aún se sentía confuso. «¿Visita?» A continuación reparó en una tarjeta arrugada que descansaba en la mesilla.

LA UNIVERSIDAD NORTEAMERICANA DE PARÍS

tiene el honor de presentar

UNA VELADA CON ROBERT LANGDON,

PROFESOR DE SIMBOLOGÍA RELIGIOSA

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD, EE. UU.

Langdon soltó un gruñido. Sus libros sobre pintura y simbología religiosas lo habían convertido, muy a su pesar, en una celebridad dentro del mundo del arte, y la conferencia de esa tarde —una disertación con diapositivas sobre el simbolismo pagano oculto en las piedras de la catedral de Chartres— posiblemente hubiese molestado al público más conservador. Lo más probable era que algún experto en religión lo hubiese seguido hasta el hotel para buscar pelea.

—Lo siento —se excusó—, pero estoy muy cansado y...

—*Mais, monsieur* —insistió el recepcionista, ahora en un susurro apremiante—. Su invitado es un hombre importante. Va de camino a su habitación.

Langdon ahora estaba completamente despierto.

—¿Lo ha enviado a mi habitación?

—Le pido disculpas, monsieur, pero a un hombre así... no me he atrevido a impedirselo.

—Pero ¿de quién se trata?

Sin embargo, el recepcionista ya había colgado.

Casi en el acto, un pesado puño descargó su fuerza en la puerta de la habitación de Langdon.

Éste se levantó de la cama y sintió que sus pies se hundían profundamente en la alfombra. Se puso el albornoz del hotel y se dirigió a la puerta.

—¿Quién es?

—¿Señor Langdon? Tengo que hablar con usted. —El hombre hablaba un inglés con acento, un vozarrón áspero y autoritario—. Soy el teniente Jérôme Collet, de la Dirección General de la Policía Judicial.

Langdon vaciló. «¿La policía judicial?» La DGPJ venía a ser el equivalente del FBI estadounidense. ¿Por qué razón iba a verlo?

Sin retirar la cadena de seguridad, abrió un tanto la puerta. El rostro que vio era delgado y pálido; el hombre al que correspondía, muy flaco, vestía un uniforme azul.

—¿Puedo pasar? —inquirió.

Langdon titubeó, no sabía qué hacer.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Mi *capitaine* necesita su ayuda en un asunto privado.

—¿Ahora? —consiguió decir él—. Es más de medianoche.

—Si no me equivoco, usted tenía pensado reunirse con el conservador del Louvre esta noche. ¿Es así?

Langdon sintió una repentina desazón. Él y el venerado conservador Jacques Saunière iban a verse esa noche, después de la conferencia, para tomar algo, pero el anciano no se había presentado.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Encontramos su nombre en su agenda.

—¿Sucede algo?

El hombre suspiró profundamente y deslizó una polaroid por la estrecha abertura de la puerta.

Cuando Langdon vio la foto, todo su cuerpo se tensó.

—Esta fotografía fue tomada hace menos de una hora. En el Louvre.

Mientras contemplaba la extraña imagen, la repugnancia y la conmoción que sintió en un principio dieron paso a un repentino acceso de ira.

—Confiábamos en que usted pudiera ayudarnos con lo sucedido, habida cuenta de sus conocimientos de simbología y de su intención de reunirse con Saunière.

El horror que había invadido a Langdon se vio en ese momento teñido de miedo.

—Este símbolo de aquí, y el cuerpo en esa extraña...

—¿Postura? —propuso el agente.

Langdon asintió, un escalofrío le recorrió la espalda cuando alzó la cabeza.

—Soy incapaz de imaginar quién puede haber hecho algo así.

El hombre se demudó.

—Me parece que no lo entiende, señor Langdon. Lo que ve en esta fotografía... —Hizo una pausa—. Se lo hizo el propio monsieur Saunière.